

EL HERALDO DE MADRID

DIARIO INDEPENDIENTE

Teléfono 531

SUSCRIPCIÓN (PAGO ADELANTADO) Madrid: Un mes, 1,50 pesetas...

DIRECTOR Y PROPIETARIO

EUGENIO GONZÁLEZ SANGRADOR

ANUNCIOS (PRECIOS CONVENCIONALES) Españoles y extranjeros: Se reciben...

2.ª Edición

MARIANO DUEÑAS GOMEZ

Fray Pedro el Arcabucero

Nunca nos llevamos muy bien franciscanos y mercaderías, ni los dominicos tuvieron más hermandad con ellos que nosotros...

Este buen Pedro, por insignia de su doble y mixto carácter, fraile de armas tomar, solía traer a diario y debajo del hábito un arcabuz...

Trascurridos muchos, muchísimos años, cerca ya de los de nuestro siglo, otro fraile de la Merced, el P. Pedro Ruiz Nabarro...

FRAY MARCOS DE CARTAGENA. Muchos son ya los casos en que el teléfono transmite, a los fieles imposibilitados de salir de sus casas, los Oficios que se celebran en los templos.

De todas partes

Los fieles, en número de 17, tomaron asiento en derredor de una mesa, en la que había varios receptores Bell.

Hay centenares de personas en Birmingham que no tienen otro medio de asistir a los Oficios y que hacen ya algunos años sus velas privadas de poder verlos.

Los Oficios matutinos celebrados en la iglesia de Birmingham se transmitieron a la ciudad de Derby, situada a 64 kilómetros de aquella población.

Un operario de instalaciones eléctricas se ha envenenado hace pocos días en Berlín de un modo muy especial.

El citado operario tenía la costumbre de probar los elementos poniéndose en la boca las extremidades de los hilos...

Reproducimos este curioso estudio de la obra titulada Memorias históricas, debido a la pluma de uno de nuestros más distinguidos americanistas.

tremedades de los hilos, y el óxido de cobre producido le ocasionó la muerte.

En el taller a que pertenecía el difunto se había sustituido el galvanómetro por este medio primitivo y originalísimo de hacer pruebas...

Mina. Deoán ha entrado en un convento de las cercanías de Epernay, donde permanecerá hasta que termine el proceso...

Los hijos se hallan en el castillo de la Bassette, cerca de Saint-Malo, con el General de Charrette.

La famosa estrella nueva de Cochet, que tanto ha excitado la atención de los astrónomos, debe considerarse casi como extinguida.

Por una coincidencia bastante curiosa, en el momento en que desembarcaba en Menton el Rey Oscar II, se ponía en venta la casa donde nació en Pau su abuelo Bernadotte.

Esta casa, de modesta apariencia, consta de un solo piso, con tres ventanas a la fachada...

Sabiendo es que Bernadotte, soldado voluntario a los diecisiete años, llegó a Mariscal de Francia, y después a Rey de Suecia.

Política del día. Los Sres. Palmers y Rivas llegaron ayer por la mañana a Bilbao.

MÁS ASTILLEROS. Sus relaciones de amistad y mercantiles son hoy mucho más cordiales—dice un periódico ministerial—que lo fueron nunca.

Ahora nos explicamos el silencio del Sr. Rivas y su regreso a Bilbao en la amable compañía de su consocio el honorable Sr. Charles...

El Sr. Rivas vino a Madrid a defenderse en el Congreso de los graves cargos que el Presidente del Consejo de Ministros había formulado contra él en ambas Cámaras.

El Sr. Rivas no ha ido al Congreso ni ha hablado; luego lo han convencido.

El Sr. Rivas, en vez de dirigirse entonces al Congreso y anunciar por modo irrevocable su deseo de hablar, se concertó con Palmers...

El silencio del Sr. Martínez Rivas, su resignada actitud ante el despojo de que aparecía víctima, su reconciliación con Palmers...

Un periódico ministerial, que, si ahora no, lo ha sido hasta hace muy poco, defensor decidido del General Beránger, La Opinión, dice en un artículo...

«Es Palmers algano de los constructores ingleses que han admirado a Europa por su ciencia, por su práctica, ó por cualquier manifestación de sus conocimientos en la materia?»

No nos lo llegamos a comprender qué género de garantías da este caballero particular al Gobierno para la terminación de los cruceros.

El, al decir de la prensa, recibe 6.000 libras esterlinas por entregar los buques, seguramente con arreglo a las condiciones del contrato.

«¿Cuánto es lo que entrega al Estado el Sr. Palmers si los buques resultan deficientes, ó si no los entrega?»

«¿Existe alguna garantía material de parte del Sr. Palmers? Porque, ya que no exista garantía científica, bueno es que existiera la material.»

El Clamor, órgano, como todo el mundo sabe, de los Sres. Romero Robledo y Duque de Tetuán, copia anoche las anteriores líneas...

«No gana uno para repiqueos. Todos los que quieren utilizar nuestros frescos servicios, empiezan por soplarnos; luego, queridas que no, nos enjuagan, y, por último, nos prodigan una de redobles de nudillos, que ya, ya. Si con los hombres y mujeres se hiciera lo propio, ¡qué sonido a calabaza no habría!»

«Pero, no divagamos. Somos los eslabones del agua y las vicinas de los chicos, que hallan todo se goce en chaparros el pitirro, y de las hembras maritornesas, que, por retazar con algún hijo de Marte, sin estrellas, nos hace ver & nosotros las ideas, gracias a algún tropo de transcursos que nos convierte en epedezas mil y uno.»

En días interesantes somos los héroes, amén de los pitos y afamadas roquillas de alguna tia javiera falsificada.

«De estas situaciones (que ha siglos eran tierras de pan llevar, y en las cuales trabajó el bendito criado de Iván de Vargas), he pensado cosas y he visto allí abajo en la pradera, a la hora de comenzar, escenas que no son para contentar...»

«¡Qué escenas! ¡Qué ruegos tan desprecupulotes y juagustales! ¡Qué mamás tan cándidas! ¡Santa Inocencia me valga! ¡Esto no es romería honesta, sino batiburrillo alocado y maldonado!...»

«¡Si estar en Turquia, he visto desfilar sinómeros de turcas sin ser sunaco, he asistido a espectáculos que encanjarían de perlas en el mar de un serrallo, cuyo señor y dueño fuera joven alegre y de bríos. Amén de esto, he pasado revista a sinómeros de matrimonios, desde los en que la mujer es una esclava paciente del marido, en (lo mejor), hasta en los que la señora aprecia carifiosamente al «primero» ó al «segundo» que se presta a todo; maneres que en plena armonía han arañado el «cartero» de un hombre, y viceversa, en que éste lo ha confirmado, sin ser Obispo, con una de las de cuello vuelto: rufes de rostro beatífico, de esas que parecen no han rotos nunca un plato, y a espaldas del «cartero» familiales se dejan buscar la mano ó cualquier otra cosa. Por supuesto sin ánimo de ofender la moral pública, ¡qué! hombres de pastifera y hombres que parecen haber sido amasados con visagras: ciudadanos que gizan en hacer chirigotas a costa del prójimo, y ciudadanos que paocen para entonar siempre el De profundis: Magistrados de buero en mangas de camisas; hombres, es un suponer, serios, montando en el «El Viro» ó pagayando en las montañas rusas ó en los conjuntos; viudas sensibiles que, por no descomponer el cuadro, admiten los obsequios de un galán de improbita, por lo regular pagano, y permiten que el dicho galán las pelizque con toda dulzura; a reserva de escuchar fechos y recuerdos en los que danza el obscuro difunto; modistas y estudiantas (¡dillos sueltos y de ocasión), en los cuales el hijo de Venus galopa en el carro del Deseo, arrastrado por las cuadrillas de lo «prohibido»; y dios, carro, cuadrillas y estudiantas y modistas, anda otros falanos y fulanas, se pierden entre los trigales ó se eclipsan en el fondo de los barrancos ó en las covachas de este Sahara microscópico: horteras hechos unos dindonaines; criadas caritarras de las señoritas; soldados ¡oh terror de los corazones de las atropellapate! viejas que se vanaglorian de sus veinte, y refañaban jilaso de que la pollería de fines de siglo no vale lo que la del tiempo de aquel Monarca infansto, a quien un pueblo seducido aún por la realza llevaba a hombros la carroza del último Fernando, gritando:

«¡Vivan las caenas!»

«Todo estos pitos y algunos más ha visto esto cura; digo, este botijo.»

Y en estos días de holgorio y zambra madrileña, ha estado a pique de quebrar mi barroca «personalidad» el sonar de los pitos de cristal con su nota aguda y penetrante; la gaucosa trompetilla de «perro chico»; el horrible teleo de los pianos mecánicos; el rasquear de guitarras y bandurrias, amén de los ecos tristes y melancólicos del harmonium y acordeón; la horrosos murga de los «Tios Vivos», con sus redobles de tambor y desahogos de trompones y bombardinos; el eterno rodar de carruajes y rippers; el escabelelo de las mulillas; los sustazos; el pregón de los industriales; los gritos de la muchedumbre; sus conversaciones en voz alta; sus risas, sus gritos, sus alardes; ó sea de ceteris.

«Todo coronado con el repique de la esquila de la ermita próxima, en donde se venera al Santo, y las salvas y cohetes disparados en honor de tan excolso Patrón de los Madriles.»

«Si no volvió roto y maltrecho a la «madre tierra», fué debido a la elección de una señora mayor de edad, y con cara nota de tierra tostada, al capricho de su hija, niña melancólica, y enamoradiza, al parecer, y a la generosidad del novio, chico encogido a ratos y un tanto largo de manos en los rápidos eclipses de la presentada suegra. Los tres me sacaron del arenoso lecho en que yacía en sabrosa plática con una botija virgen, que

«Dulces palabras con amor murmuró» aproximando su boca de chocolate a la mía b'aquecina... También los botijos tenemos nuestros amorfios y su mixajita de retozo, como cualquier pelafustán animado... Digo que la mamá me cogió en alto, como podría hacerlo con un su nietecuelo; la hija exclamó: «¡Qué bonito! El novio echó mano al bolallo del chaleco, y preguntó al cacharrero:

«¿Cuánto?»

«Pas, miste, señorito—respondió,—pa qué andar en ajustes? Por ser pa usté, dos reales. ¿Hace?»

Hizo, no sin escaparme yo del consabido repiqueote sobre mi sonoro abdomen; tan reciamen redoblaban, que creí llegada mi última hora... Y como si la preaba no le fuera decisiva, encajarónme dentro una jarra de agua. Fue izado por la vija. Eché de ver que no tenía meca alguna, y desalojaron el líquido que embargaba mi panza... Una gota ítan sólo, una lágrima amarga (perla fundida de desesperación amante, que diría un poeta), fué a caer sobre la botija, mi primer amor.

III

Héteme ya esclavo de la respetable y cursi familia, cogido, ¡jefelice! de la mano sedosa y chiquirritina del «pimpollo» de la casa, a través de la muchedumbre, sufriendo encontronazos de ceastas y botas de vino... He perdido la cuenta de tales tropiezos, así como la de los ahogos y apretamiento grande en que me evide al penetrar, por antojos de mi ama, en la famosa ermita fundada por la Emperatriz doña Isabel, esposa de Carlos V, en honor al Patrón de Madrid... Esto es ya el acabóse: me voy de mala manera y haciendo no muy airoso papel entre las piernas de mi dueña, del que me redimí de la echarrería al aire libre y de las de un señor militar... La devoción aquí huelga: las manos andan perdidas; se charla profanamente todo lo charlable; hay un tufillo a vino, a perfumes baratos, a cera y a sudor, que marea y entontece. El interior de la iglesia semeja una enorme caja atestada de oleas... vivientes, alegres y parlanchinas.

«Sea usted botijo santo!»

RELATO PITORRERO (Al mejor de los amigos, Hermenegildo Arroyo.)

«A cada botijo le llega su San Isidro.»

Apenas «nacido», y en compañía de otros hermanos—tan frágiles como yo,—fui expuesto a la vergüenza pública en este mundo subnublar, cuyos habitantes, algunos están formados de peor barro que el que usamos nosotros los hijos de alfarero.

Y, desde el punto y hora en que fui «checho», me consideraron botijo «santo». ¡Una calamidad! No gana uno para repiqueos. Todos los que quieren utilizar nuestros frescos servicios, empiezan por soplarnos; luego, queridas que no, nos enjuagan, y, por último, nos prodigan una de redobles de nudillos, que ya, ya. Si con los hombres y mujeres se hiciera lo propio, ¡qué sonido a calabaza no habría!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»

«Sea usted botijo santo!»